

J. G. AZEVEDO — A. M. GARIBAY K.

LA PALABRA H U M A N A

34

facultad de

FILOSOFIA  Y LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
DIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

Dr. Nabor Carrillo

Secretario General:

Dr. Efrén C. del Pozo

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

Dr. Francisco Larroyo

Secretario:

Juan Hernández Luna

CONSEJO TECNICO DE HUMANIDADES

Coordinador:

Dr. Samuel Ramos

Secretario:

Rafael Moreno

EDICIONES FILOSOFIA Y LETRAS

Opúsculos preparados por los maestros de la Facultad de Filosofía y Letras y editados bajo los auspicios del Consejo Técnico de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

1. *Schiller desde México*: Prólogo, biografía y recopilación de la Dra. Marianne O. de Bopp.
2. Agostino Gemelli: *El psicólogo ante los problemas de la psiquiatría*. Traducción y nota del Dr. Oswaldo Robles.
3. Gabriel Marcel: *Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico*. Prólogo y traducción de Luis Villoro.
4. Carlos Guillermo Koppe: *Cartas a la patria*. (Dos cartas alemanas sobre el México de 1830.) Traducción del alemán, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina.
5. Pablo Natorp: *Kant y la Escuela de Marburgo*. Prólogo y traducción de Miguel Bueno.
6. Leopoldo Zea: *Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica*.
7. Federico Schiller: *Filosofía de la historia*. Prólogo, traducción y notas de Juan A. Ortega y Medina.
8. José Gaos: *La filosofía en la Universidad*.
9. Francisco Monterde: *Salvador Díaz Mirón. Documentos. Estética*.
10. José Torres: *El estado mental de los tuberculosos y Cinco ensayos sobre Federico Nietzsche*. Prólogo, biografía y bibliografía por Juan Hernández Luna.
11. Henri Lefebvre: *Lógica formal y lógica dialéctica*. Nota preliminar y traducción de Eli de Gortari.
12. Patrick Romanell: *El neo-naturalismo norteamericano*. Prefacio de José Vasconcelos.
13. Juan Hernández Luna: *Samuel Ramos. Su filosofar sobre lo mexicano*.

14. Thomas Verner Moore. *La naturaleza y el tratamiento de las perturbaciones homosexuales*. Traducción y nota preliminar del Dr. Oswaldo Robles.
15. Margarita Quijano Terán. *La Celestina y Otelo*.
16. Romano Guardini. *La esencia de la concepción católica del mundo*. Prólogo y traducción de Antonio Gómez Robledo.
17. Agustín Millares Carlo. *Don Juan José de Eguirra y Eguren y su Bibliotheca Mexicana*.
18. Othon E. de Brackel-Welda. *Epístolas a Manuel Gutiérrez Nájera*. Prólogo y recopilación de la Dra. Marianne O. de Bopp.
19. Gibrán Jalil Gibrán. *Rosa El-Hani (novela) y Pensamientos filosóficos y fantásticos*. Breve antología literaria árabe. Traducidas directamente por Mariano Fernández Berbiela.
20. Luciano de la Paz. *El fundamento psicológico de la familia*.
21. Pedro de Alba. *Ramón López Velarde. Ensayos*.
22. Francisco Larroyo. *Vida y profesión del pedagogo*.
23. Miguel Bueno. *Natorp y la idea estética*.
24. José Gaos. *La filosofía en la Universidad. Ejemplos y complementos*.
25. Juvencio López Vásquez. *Didáctica de las lenguas vivas*.
26. Paula Gómez Alonso. *La ética en el siglo xx*.
27. Manuel Pedro González. *Notas en torno al modernismo*.
28. Francisco Monterde. *La literatura mexicana en la obra de Menéndez y Pelayo*.
29. Federico Schlegel. *Fragmentos*. Invitación al romanticismo alemán, semblanza biográfica y traducción de Emilio Uranga.
30. Sergio Fernández. *Cinco escritores hispanoamericanos*.

31. Miguel León-Portilla. *Siete ensayos sobre cultura náhuatl.*
32. Wilhelm Windelband. *La filosofía de la historia.* Prólogo y traducción de Francisco Larroyo.
33. Claude Tresmontant. *Introducción al pensamiento de Teilhard de Chardin.* Prólogo y versión de José M. Gallegos Rocafull.
34. Jesús Guisa y Azevedo y Angel María. Garibay K. *La palabra humana.*

LA PALABRA HUMANA

**DONACION
DEL POETA
JUAN REJANO**



BIBLIOTECA
Facultad de
Filosofía y Letras

J. G. AZEVEDO — A. M. GARIBAY K.

LA PALABRA HUMANA

MÉXICO, 1958

Derechos reservados ©

por la

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria

México 20, D. F.

Primera edición: 1958



FILOSOFIA
Y LETRAS

749
48

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO

DIRECCION GENERAL
DE PUBLICACIONES

•

Printed and made in Mexico
Impreso y hecho en México
por la

Imprenta Universitaria
Bolivia 17. México, D. F.

DISCURSO
DE JESUS GUIA Y AZEVEDO

P 146306

Es éste, en verdad, un espectáculo. Todo está a la vista y lo que va a suceder aquí, las palabras que se van a decir, las personas de que se va a hablar, las cosas que se van a juzgar son la parte en que, los aquí presentes, tenemos parte. Yo soy el tema de la espectación, del examen, de la mira, de la atención de vosotros, señores académicos; del público que asiste a esta sesión y de las personas que, por una razón u otra, se interesan en lo que hace o deja de hacer la Academia de la Lengua. Hablar de sí mismo no es tarea fácil, ni agradable. Porque el espectáculo consiste en justificarse públicamente ante los propios ojos, y justificarse ante el criterio de los demás, de una elección, aceptada gratamente de antemano, de individuo

de número de esta corporación. La obra de los académicos me agobia y abruma. Es ingente. Es toda la lengua castellana, todo lo que se ha pensado y, concretamente en esta Academia Mexicana, la obra de reflexión de quienes, en México, han entendido, sentido, vivido la verdad de la nación. Todo se ha dicho y en todos los tonos y yo pregunto: ¿quién es el osado que piense que pueda decir él lo que no se ha dicho jamás? Con todo, en este sitio y a la sazón de esta solemnidad, no parece sino que uno esté obligado a la originalidad o cuando menos a la novedad.

Tres varones venerables, colegas míos desde ahora, quisieron hacerme su igual. Les agradezco su amistosa solicitud, que por otra parte me honra. Uno representa por su carácter sacerdotal la sabiduría heredada de la iglesia católica, que él ha sabido, a causa de sus estudios, de su decisión de razonar y de sus empeños de comunicación con los demás, hacer suya y prestarle los atractivos

de una ciencia profana en la que, por varia y profunda, descuella y es autoridad. Este es el canónigo, *Doctor Honoris Causa* de la Universidad de México, académico, don Angel María Garibay K. El segundo es el noble, el ilustre, el respetable don Manuel Romero de Terreros, marqués de San Francisco, ejemplo, el más puro, dechado por esto, de esa humanidad, gentileza, reciedumbre moral, ingenuidad o pureza de alma, virtudes de la Nueva España, que, injertadas y trabadas en la civilización de los indios, civilización que exalta justamente el canónigo Garibay, constituyen el patrimonio común de los mexicanos. El tercero es, él solo, todo el México moderno, la afirmación y negación de todo, el afán de construir y la necesidad de destruir, la sed de novedades y el amor de lo tradicional, la originalidad de que es capaz el genio de la raza, la inquietud de México, la conciencia de Hispanoamérica, la defensa de nuestro ser, el custodio, vigilante siempre, de nuestro

acervo hereditario, la afirmación más constante y lúcida de nuestro destino, el más joven de nuestros escritores, el hombre de la prontitud y de la premura, del ansia y de la urgencia, de la alegría y del alborozo, de ir, para adueñarse de ella, a la verdad. Me refiero a don José Vasconcelos. ¿El haber sido escogido por el México eterno de estos tres varones ilustres no es una honra que da contento y es venturosa al alma? Y puesto que es lícito, en esta ocasión, hablar de sí mismo no puedo dejar de señalar otra honra, que me viene esta vez de dos recios escritores, que se sumaron sin titubeos y sin distingos a mi candidatura, Martín Luis Guzmán y Antonio Castro Leal. Este trabaja, desde hace muchos años con una dedicación, que es ejemplar, en la noble materia literaria, a la que le infunde la bella forma de su buen gusto, de su juicio, de su conocimiento, de su simpatía. Lo que más le interesa, claro está, es la literatura mexicana, que él, informado de las literaturas

extranjerías, coloca certeramente en la cultura general. Martín Luis es ya un valor permanente de la literatura mexicana. Ha de escribir todavía muchas cosas en ese estilo suyo, suave, persuasivo, de escritor nato, que, por otra parte y debido a su constancia, ha alcanzado rara y singular perfección. Pero lo que ya ha escrito, sus evocaciones de tipos de la Revolución y las reflexiones que este acontecimiento le suscitan, será siempre lectura de deleite y provecho para propios y extraños. Podemos decir, sin temor de equivocarnos, que los libros de Martín Luis tendrán muy larga vida. Pero no es eso todo. De Martín Luis puede ser objeto de singular distinción si él responde, como fue en un momento dado mi deseo, cálidamente compartido por el prócer guanajuatense don Agustín Arroyo Ch., mi admirado paisano, amigo de ambos a dos, deseo que el mismo Martín Luis quiso obsequiar con una buena voluntad de la que queda un acercamiento amistoso entre él y yo.

El canónigo Garibay, que ha aceptado gustoso, cosa que me satisface y me honra, dialogar conmigo en esta noche, no es, y hay que afirmarlo, proclamarlo y recalcarlo, por aquello de que a falta de pan buenas son tortas, suplente, sustituto, trasmano o segundo. Es un ciudadano egregio, y no sólo en la república de las letras, sino ante la amplia faz de la nación. Anda él la tierra de México en ancho y largo, y da ocasión, tanta es la gravedad de sus observaciones, tanta la claridad de su pensamiento y tan dilatada la vastedad de su ciencia, a que, por lo que escribe y dice, tengamos una interpretación de lo que somos los mexicanos. Dador de presentes literarios es por el consiguiente hombre munífico, erudito en las disciplinas de las humanidades es hombre que puede enseñar y que, además, enseña; eminente orador sagrado su palabra es la palabra de un maestro de la verdad; sincero, crecido, alto por tanto, genuino, sin variación, puro, interesado sólo en las cosas del

espíritu, constituye un adorno de la ciudad, nos congratulamos de verlo flor del pueblo y lo tenemos como patricio esclarecido. Quiso Martín Luis al negarse a responderme que este acto estuviese exento de controversias ideológicas, que no cuadran, por otra parte, con la tradición de la Academia. Con él quizás las hubiera habido y no las habrá con el canónigo Garibay porque entre éste y yo no puede haber sino las relaciones de maestro a discípulo. El canónigo Garibay es un maestro de lo mexicano y de los mexicanos. Nos da a conocer muchas cosas, pero la principal, como es el caso de los verdaderos escritores, es su ejemplo, su dedicación, su conducta ante los requerimientos de la verdad. El escritor en México no deja de tener en la práctica de su oficio de escritor algunos modos de heroísmo. Y lo heroico es lo que más lo liga con el pueblo y lo que establece la afinidad más profunda entre uno y otro.

El mexicano vacila porque casi siempre no acierta a hallar sus vías. Quiere ser una cosa. Sobrevienen los obstáculos y se ve forzado a intentar ser otra. Llenamos nuestras vidas de cosas provisionales, de cosas que hacemos, no improvisadamente, no precipitadamente, no con premura, sino sólo en espera de lo futuro, de algo, pues, que ha de venir preparado en lo provisional y solicitado por él. Los mexicanos somos una frustración porque las cosas provisionales se suceden y se multiplican, y, sin tener voluntad de fijarnos en ellas, ellas acaban por contenernos, por limitarnos, estrecharnos y angustiarnos. Esperamos, avizoramos, forzamos lo porvenir, que queremos cierto y seguro, cercano y casi asequible, y no salimos de lo provisional, de esta tarea de estar preparando nuestro destino. El mexicano auténtico, devorado por el tiempo y como aniquilado por lo provisional, cansado de moverse en un círculo vicioso, toma venganza de las frustraciones por medio de un

acto de hombría. El pueblo habla, no en vano, de *machismo*. Y entonces, frente a la frustración, frente a lo provisional, y al término del callejón sin salida en que estamos colocados, se alza lo mejor, el valor definitivo, el supremo, esto es, la afirmación de ser hombre.

Y el escritor, más todavía que cualquiera otro de los operarios que trabajan en el engrandecimiento de la patria, tiene que ser de la estirpe de los obstinados, de los constantes, de los fieles, de los patriotas, de los varones cabales, de los verdaderos ciudadanos. La literatura es, así pues, un aspecto de la hombría, una obra viril; hazaña, pues, de varón una modalidad del heroísmo. El canónigo Garibay es un valor literario de los sólidos y genuinos. Sin él estaría descabalada la literatura mexicana. Es él quien proclama, con acentos de una convicción comunicativa y convincente y con el concierto de ideas de su cabal humanismo, la verdad del indio, la verdad del

criollo, la verdad del mestizo, la verdad del cristiano y la verdad de la civilización mexicana. La respuesta suya a este discurso, la reputo yo, llevado del amor de mí mismo, como mi señalada gloria.

Y respecto de los otros señores académicos que votaron por mí, quiero hacer constar mi agradecimiento, lo mismo que a la Academia como Academia.

¡Que el diccionario, que las gramáticas, que las academias! Y es moda hacerles reproches y críticas, no sin sorna ni mordacidad. Las lenguas vivas, y la lengua castellana es una lengua viva, siempre, pese a que están ya hechas, se están haciendo y se siguen haciendo. Lo clásico no es cosa de lo pasado, sino también de lo presente. Lo que se haga ahora, correcciones, adiciones, contribución de cosas nuevas, sólo prueba una cosa, que se trata de algo viviente. Diccionarios, gramáticas, formas de dicción, designencias, frases y expresiones constituyen una disciplina que el pueblo, y no por capricho,

sino por necesidad de decir algo, de precisar ideas y de expresar nuevas condiciones, modifica. Y ya no toda la Academia, sino sólo una silla, puede ser el índice, el resumen, la explicación y la justificación de la cultura. Esta que vengo a ocupar, la número uno, fue de don Carlos González Peña, mi inmediato predecesor. Sus cincuenta años de escritor, de maestro, de periodista, de crítico literario, de hombre inquieto, atento siempre a lo que se pensaba, ¿son, sí o no, una labor meritoria? El sucedió a Rabasa, y Rabasa es uno de nuestros escritores clásicos. Juntó Rabasa el genio del novelista con el del jurista, lo que constituye una cualidad que lo hará siempre notable. Sus novelas son leídas con agrado en razón de un estilo llano y de que en ellas halla el lector tipos y situaciones de la tierra, y esto último nos prueba que lo mexicano es novelable. En cuanto a su producción jurídica lo menos que puede decirse es que es de lectura y meditación obligadas para cuantos se in-

teresan y se ocupan en estudiar nuestras instituciones políticas. Antes de Rabasa se sentó aquí el abogado don Luis Gutiérrez Otero, hombre de buen discernimiento que se mostró siempre humano en el ejercicio de su profesión, de muy agradable compañía, sagaz investigador y escritor vigoroso. Su antecesor fue el ingenioso, profundo, vehemente político, periodista de casta, Aguilar y Marocho. El académico anterior a este fue don Anselmo de la Portilla, escritor español convertido a la ciudadanía mexicana, que fue el obrero diligente de la formación de una conciencia común entre escritores de civilización española. Y el primer ocupante de esta silla fue el primer director, don José María Bassoco, conde de Bassoco, compañero de García Icazbalceta, de Arango y Escandón, de José Sebastián Segura, de Orozco y Berra, entre otros académicos.

Conocer a estos escritores, situarlos en su época, recoger sus enseñanzas, acercarlos a nuestras preocupaciones de hoy y estudiar

en ellos la manifestación de lo que es México, ¿no es, pregunto, una manera eficaz de saber lo que somos? ¿Y no está en la Academia, en todas sus sillas, y no ciertamente inerte, sino activo el pensamiento de los que, dígase lo que se quiera en contrario, podemos válidamente considerar como los mejores mexicanos? ¿Y antes de la Academia, antes de 1875, fecha de su fundación, qué? ¿Y los que no son académicos ya no son, por esto, escritores que debamos estimar? Las academias, de lo que sea, son una conveniencia social, un trato, una convivialidad, un lugar de cita, una conciencia de interés común, una disciplina, un deber. La posteridad dirá. Y nosotros ya juzgamos a los académicos muertos. He mencionado a los que se han sentado en mi silla y más adelante me ocuparé en don Carlos González Peña, a quien sustituyo.

Inter se mortales mutua vivunt

Et quasi cursores, vitae lampada tradunt

LUCRECIO II

Los hombres no pueden menos que vivir cosas que les interesan y por esto, como los corredores de los Juegos Olímpicos, se transmiten la antorcha, esta vez la de la vida civilizada. ¿No puede aplicarse con justicia este pensamiento del poeta latino a los académicos, en especial a los de la Lengua?

La lengua es instrumento de perfección humana porque es entendimiento mutuo, efectivo y eficaz, porque es medio adecuado de comunicación, porque es propiedad colectiva. Nuestra lengua castellana en atención al trabajo incorporado a ella, a lo usados que están sus términos, a lo frecuentado de los senderos que nos descubrieron los que pensaron sirviéndose de su caudal, es ya, desde hace siglos, para todos nosotros, doctos e indoctos, letrados e iletrados, el arte de expresarse por la palabra. Para nosotros la palabra de la lengua castellana penetra las reconditeces de la conciencia, vivifica el pensamiento, multiplica la luz interior, exalta el sentimiento, traduce lo que parece in-

traducible, trasmite a los demás lo que cada quien sabe para sí, ilumina lo abscóndito, conserva la experiencia, hace perdurar las enseñanzas de los que saben, forma la tradición y, por todo esto, establece una unidad en cada uno de nosotros y unifica a las multitudes.

Es, pues, todo esto la unidad del hombre, del hombre de esta vasta región de la especie que es lo hispánico y esta unidad, inspirada, mantenida, trabajada, impulsada, alzada, nutrida, ennoblecida por el genio de la lengua pide y requiere, solicita, insta, incita y estimula la formación y permanencia de un cuerpo de letrados. Estos, al aclarar su propio pensamiento, al volver sobre sí mismos y estarse frente a su propia palabra, señalan, enseñan, despiertan ideas, mueven y agitan a los demás, y, a causa de esto ejercerán un magisterio y cultivarán las mentes. El derecho, las ciencias, la religión, las artes, las disciplinas varias de la actividad humana, la poesía, los gustos intelectuales

y la exaltación de la belleza moral son, no precisamente la creación, pero algo así como la creación de los hombres de letras. Ellos ven, formulan, afinan, hacen racionales las cosas y, en razón de todo esto, las tornan en universales. Llegarse en cada hombre a lo universal, ver este universal y penetrarlo, juzgarlo, por tanto afirmarlo, decir y asegurar que existe y mantenerse en la afirmación es, ni más ni menos, hacer literatura clásica. Y nosotros podemos ser clásicos si con la palabra hablada o escrita hacemos transparente al hombre.

La lengua propende de suyo a ser individual. Primero me comunico conmigo mismo; primero me digo a mí mismo lo que veo, lo que siento, lo que pienso, lo que hago, lo que tengo intención de hacer. Y convertir la palabra propia, la individual, la que sólo entiende el que la pronuncia en instrumento común, en palabra de contenido universal es el oficio y el afán, el desvelo y la solicitud, la ansiedad y el cuidado

del letrado, del literato, del pensador. En todas las lenguas existen corrientes dialectales y términos y expresiones de uso solamente local. El escritor tiene que contener la dispersión para lo cual, penetrando el sentido de este individualismo más o menos colectivo, expresa en palabras ya aceptadas, o en las que tome del dialecto, o del lugar, y que él halla de una ingenuidad y de una novedad que satisfagan, lo que quiere expresar el pueblo. Las mismas palabras extranjeras, que son también, una vez que entran en la corriente de la lengua, un aspecto de la dispersión, si son acogidas por un buen escritor, serán parte del acervo común. El individuo, sí; el pueblo también. Pero, como quiera que sea, el literato. Y para la vida y el vigor de las lenguas se hace indispensable el letrado, no el que, engréido de sus conocimientos y erudición pretenda bastarse a sí mismo, sino el que, consciente de lo universal ve al hombre en su propia persona y en el pueblo, y sabe, y además lo dice, que la medida, que

el rasero común, que el tono y el valor entre todos los hombres consiste precisamente en la igualdad.

El hombre habla y, al hablar, lo primero que hace es dialogar consigo mismo. Hablar es una acción, la más señalada e importante, la asidua y permanente, la inseparable. Y lo dramático, lo más intensamente activo por esto es pronunciar una palabra. Y es que el hombre quiere y no puede. No se aviene a ser mudo; no podría serlo. Tiene conciencia de estar frente a un mundo, el mundo de sí mismo donde encuentra y halla todos los mundos. Y siente el apremio de hablarse, de pronunciar una palabra que pugna por salir de su boca. Quiere aclarar, hacerse él mismo, para sí mismo, transparente. El hombre, al hablar, pretende dar un nombre a las cosas y, al dárselo, pretende definir las. En la literatura estamos ya lejos de este drama en que el hombre, dialogando consigo mismo vence el silencio y la soledad, la pesadez y espesura con que la inmensidad

de la naturaleza parece dominarlo. Las palabras se han ampliado de contenido y, alejadas del caso concreto, de ese momento en que la inteligencia nombró una cosa, se han convertido a lo universal.

Y conviene aquí traer el recuerdo de mi predecesor, don Carlos González Peña. Fue un literato, un profesor de literatura, un crítico y un periodista, pero ante todas cosas quiso él ser gramático, penetrar las reglas de la lengua, asistir al instante en que el hombre, después de balbucear, daba un nombre a las cosas. La actividad intelectual del hombre se reduce al juicio, esto es, a la afirmación o negación de algo, lo que no se concibe sin los dos elementos lógicos, que por el mismo consiguiente son los dos elementos gramaticales, es a saber, el verbo y el sujeto. El verbo es el reflejo, la exteriorización, y, a más de esto y originalmente, la conciencia de nuestra actividad, en sí misma y en relación con el universo. Y gramaticalmente, esto es respecto del lenguaje, el

verbo va como al encuentro de las partes de la oración. Es la razón de ser de la frase y lo que hace que ésta signifique algo. Y el nombre representa toda la realidad. Reducir ese nombre, hacer de él nociones más precisas es el oficio del discurso, esto es, del razonamiento, lo que se lleva al cabo por medio de la presencia del verbo. Pero el lenguaje se mantendría oscuro sin el pronombre. Este define, circunscribe a los personajes, al que habla, a quien se le habla y de quien se habla; el yo, el tú, el él; el nosotros, el vosotros y el ellos. Los gramáticos, y sobre todo los que enseñan gramática a los principiantes, merecen bien el respeto y la veneración de la patria. Enseñar gramática es dibujar en la memoria del alumno los rasgos de nuestra civilización. Si la enseñanza es fecunda, estos rasgos serán indelebles.

¿Pero de qué se trata con la gramática y con la literatura? ¿Qué hay en el lenguaje y qué interés se nos sigue con estudiarlo? ¿Para qué queremos hablar y escribir, para

qué leemos y releemos a los buenos autores? ¿Qué sentido tiene que procuremos ser clásicos? ¿Qué fin se persigue con la comunicación o con decirles cosas a los demás? ¿Y qué ganamos con afinar y perfeccionar el instrumento de esa comunicación?

Todas estas preguntas se responden con una sola palabra, con un nombre, el de mayor peso y rigor en las lenguas, el que más nos dice a nosotros, el más claro y al mismo tiempo el más obscuro, conviene a saber: *hombre*. Las literaturas sólo tienen un tema: el hombre. La historia sólo nos habla del hombre, de sus dichos y hechos. La política, como ciencia y como arte, como manifestación de una cultura, como imperio y señorío, como conquista y guerra, se refiere siempre al hombre. Las técnicas son medios seguros, experimentados, mejorados cada vez más con cálculos más precisos, que tienen por fin aliviar al hombre de trabajos y días de fatiga. ¿Pero qué mucho que nos esforcemos por decir con tanta minucia las co-

sas, si está vívido, insertado por siempre jamás en nuestro propio ser el afán de la felicidad? Las teorías sobre el hombre, las doctrinas que inspiran los actos de los gobiernos, la idea que mueve a la sociedad, los propósitos de las revoluciones, la justificación de los códigos y de las mismas leyes de excepción, lo que hacemos todos los hombres, ya se nos considere como biología, como asiento de la libertad, como miembros de una sociedad intermedia, como dueños de un arte, como ciudadanos, como sostenedores y defensores de la civilización, ¿qué otra cosa es sino el movimiento, el ímpetu, la propensión y tensión, el afán, la urgencia, la fe, la espera, la certidumbre de alcanzar y poseer la felicidad?

Mucha razón tienen los filósofos escolásticos cuando nos afirman que el universo mundo no se entendería ni explicaría sin el hombre. Dios se debe a Sí Mismo el haber creado al hombre porque sin éste, sin una inteligencia que primero conozca las cosas

materiales, serían la Naturaleza y todos los mundos, y las galaxias y las estrellas cuya luz aún no nos llega, silencio, soledad, inercia y pesadez, estruendos sin eco, sin consonancia, sin medida, noche inacabable. Hace falta para que haya verdaderamente creación, y para que la creación tenga sentido, la palabra del hombre, esa palabra que en su interior y en el silencio sonoro de su alma se dice a sí mismo y que resume la alegría, la gloria, y también, y muy a menudo, las lágrimas de las cosas, y esa otra palabra, la de los sabios y filósofos, la de los teólogos, la de los artistas, pintores, escultores, arquitectos, la de los escritores y poetas, la de los estadistas, que es la de la gente culta, y que es reflexión, pensamiento muchas veces pensado, canto, exaltación y júbilo, tristeza a veces, dolor, dolor de parto frecuentemente.

El hombre, el hombre; nosotros mismos; el mexicano. ¿Qué es el hombre? De la respuesta a esta cuestión depende la idea que nos forjemos de su felicidad y de esta idea

dependen esos comienzos de acción, la práctica, los apremios y constancia, los medios en suma que harán, en lo que cabe, feliz al hombre.

Hay un concepto individualista. El individuo es lo concreto, lo que está aparte y separado de los demás, lo indiviso. Con todo, lo individualista nos lleva a la idea de un hombre abstracto. El hombre abstracto es la definición del hombre. Decir que éste es un ser inteligente y libre no es sino tener la expresión verbal de sus notas esenciales. Todos los hombres son, ciertamente, inteligentes y libres. Los individuos, por otra parte, son todos iguales. Difieren en aspectos accidentales y en la escala inferior de los entes esos aspectos son apenas el accidente de la colocación en el espacio. En el hombre, ente superior, el más noble, las diferencias individuales adquieren mayor amplitud, la cual advertimos en las descripciones de los pasaportes. Pero de la definición del hombre, de que sea, pues, inteligente y libre, no

se sigue que en todo y todos los hombres manifiesten igualmente su inteligencia y su libertad. Los individuos son iguales, pero no lo son sus inteligencias y sus voluntades, porque unas y otras son lo que son como efecto, evento y consecuencia de condiciones biológicas, de medio ambiente, de educación y privativas y propias. El hombre abstracto no existe y la universalidad fundada en lo abstracto es asunto que compete a la lógica.

Hay un concepto social. Que el hombre viva en sociedad, que la sociedad le sea necesaria y que no se conciba al hombre sin la familia, sin la escuela, sin la patria y sin las relaciones de nación a nación, no quiere decir que la idea de hombre ha de colocar a éste en un grupo, en una clase, en un tipo especial. Nos afirman algunos sabios que hay historias, nunca una historia; que hay ciclos de civilización, nunca una civilización; que hay diferentes hombres, nunca un solo hombre. Si esto fuese verdad, ¿qué razón habría para reprobear y condenar las se-

paraciones humillantes que se hacen de las razas de color y para combatir, y no sólo de palabra sino con la hostilidad de la guerra, el orgullo de los que se creen superiores y destinados a señorear a los demás? Otros sabios pretenden probar que los pueblos, en un momento dado de su evolución, manifiestan lo que plantean, solicitan, concatan y determinan muchas y variadas causas. Esos pueblos, así considerados, nada tienen de común con los demás. ¿Entonces, qué? ¿Hay, sí o no, moral nacional y moral internacional?

Siendo racional y libre por naturaleza el hombre, no está constituido en concreto sólo por las notas esenciales de su definición; siendo social y sociable no está insertado única y exclusivamente en una comunidad, así fuese ésta la amplia y perfecta que es la patria. El concepto individualista y el social son verdad, pero en parte. La verdad cabal, la que comprende a todo el hombre, al todo de cada hombre y a todos los hombres, en

todos los tiempos y en todos los lugares, está en el concepto universal del hombre *concreto*, en la idea, pues, de una realidad, la cual ha de constituir el fundamento y la inspiración de un orden concreto. Y esto no se puede decir de otra manera más clara y más precisa, más rigurosa y concisa, que diciendo que el hombre es criado a imagen y semejanza de Dios. Esto significa que es en la vida del espíritu donde empieza, se desenvuelve, se ejecuta, se perfecciona y llega a plenitud, y se posee a sí misma, y posee todas las cosas, la naturaleza humana. Y cuando el hombre tiene conciencia de lo que es, cuando se conoce dependiente de la divinidad y en la obligación de establecer en sus pensamientos, en su conducta moral y en las obras que salen de sus manos, el orden y el concierto con el Ser del que procede, puede usar y de hecho usa, de la terrible facultad de ser providente, de arreglar y conducir las cosas imitando a Dios, como sustituyéndose a El. Y al ejercer esta facultad,

y justamente para demostrar que en los hechos se porta a imagen y semejanza de su Criador, tiene que patentizar una fundamental armonía con los atributos divinos, con esa justicia, con esa paz, con esa caridad, con ese arte y con esa belleza que, sustanciales y en grado sumo, como son en Dios constituyen el objeto de nuestra esperanza la justificación de nuestros actos, el término de nuestras inspiraciones, el fin de nuestros desvelos, el premio de nuestros sacrificios, en una palabra, nuestra felicidad. ¿No buscamos todos la justicia, no queremos la paz, no amamos el amor y no practicamos el arte?

Y es la lengua el instrumento de lo universal, la luz que va a penetrar las reconditeces del hombre. Tener una lengua es comunicar con los demás, dialogar con ellos, hacerse transparente para ellos, darse y entregarse, tener, por consiguiente, conciencia de lo común, de lo que une a todos, de lo que importa a todos. Tener una lengua es

dar nombre a las cosas, designarlas y señalarlas, y advertir en ellas su relación inmanente con el orden. Tener una lengua, y para decirlo todo de una vez, es recrear la Naturaleza porque es seguir en ella, para iluminarlas con nuestra inteligencia, la huella, la presencia, la omnisciencia y la potencia de Dios. La experiencia, la memoria que conserva esa experiencia, la ley científica a que reducimos esa experiencia y, por otra parte la audacia del hombre, su voluntad obstinada en adueñarse, para servirse de ellas, de las fuerzas de los elementos, constituyen la razón de nuestro dominio sobre las cosas. Sí, pero sólo la razón inmediata. La razón humana última, es nuestra palabra. No es creadora, pero halla y encuentra todas las cosas. Y dado caso que queremos definirlas, decir lo que son, pronunciar la palabra sonora, que suene en nuestro interior y que retumbe allí en armonía con todos los tonos de la realidad de cada una de ellas, es el lenguaje el primer contacto, el más penetrante

y constante, el más amplio y completo con todas las criaturas contacto que, al desenvolverse y perfeccionarse, se convierte en ciencias, en técnica, en artes, en política, en civilización en suma.

¿Hablar por hablar? ¿Hablar para no decir nada, para no aprender nada, para no enseñar nada? Nunca, sino para entenderse a sí propio, para entender a los demás, para ser partícipe y participante de los bienes humanos, para tener a todos por iguales, para comunicar en la armonía, para manifestar el orden, para ser públicamente consciente, de la alegría, de la gloria, de la tristeza de las lágrimas de las cosas, para proclamar nuestra hermandad con la creación, para conformarnos con nuestra filiación divina y para gritar jubilosamente la bondad y la nobleza de lo humano.

Verbo, logos, palabra, sermón, oración, lengua y lenguaje, discurso, razones, frases y cláusulas. La inteligencia reflexiona, vuelve su luz sobre sí misma para poseerse y oye

su propia palabra, la cual pugna por hacerse exterior y comunicable, por convertirse en sonido. El niño entiende y no puede menos que dar a conocer que entiende. La alegría que advertimos en su rostro y la actividad a que se entrega al moverse agitadamente, proceden de esa palabra que balbucea, que quisiera convertir en sonido articulado y con la que se dice a sí mismo lo que son las cosas. Este es el verbo. El poeta, a causa de su ingenuidad, esto es de su pureza, manifiesta el alborozo del niño, y el verdadero poeta siempre será un niño, alborozo que, al ser comunicado a los demás, hace que poéticamente, que es tanto como decir de la manera más noble, seamos todos como niños. Y es que el poeta da vida a las cosas y es, por otra parte, pero al mismo tiempo, el aleluya de la vida.

El mundo es un misterio. Es la vastedad, la inmensidad, algunos dicen que la infinitud. Para penetrar el mundo no tenemos sino la inteligencia y ésta es, *intus legere*, la

facultad de leer en el interior de nosotros mismos. El mundo nos llega a nosotros y nosotros transformamos el mundo, lo hacemos nuestro, lo convertimos por tanto en inteligible. Y lo leemos, lo entendemos, sabemos lo que es en ese *intus*, esto es, en nuestro interior. El hombre es una dualidad, él y el mundo, él y todas las cosas, él y su inteligencia, él y su reflexión, él y la lectura que hace de lo que es él; pero una dualidad que se resuelve en la activa unidad de su espíritu, que, precisamente por ser espíritu, posee la aptitud para convertirse en todas las cosas. Las cosas, que es decir todo lo que existe, todo lo que puede existir, todo lo que está latente, como escondido en la capacidad de ser y de operar de esas mismas cosas. Estas, lógica y gramaticalmente, son el sustantivo, la sustancia que se nos acerca y se nos hace presente, que nos llama la atención, que nos solicita para que, conociéndola, la poseamos y la hagamos nuestra. Y la sustancia es el fondo de las cosas, lo que

yace debajo de las apariencias, el ser constante, el que podría decirse que busca, convertido ya en inteligible, dialogar espiritualmente con nosotros y ser conciencia nuestra.

El sustantivo es un modo de constelación de ideas. Es muchos caminos que vamos a iluminar en la medida precisa en que tengamos fuerza, capacidad, aptitud de intelección. Un sustantivo, cuando lo usamos para nombrar algo, una cosa o parte de la realidad de una cosa, significa una preferencia, una elección, un hábito de pensamiento. Es el sentido práctico de la razón, lo que escoge el hombre, su creencia, su temperamento, su interioridad, la juntura, el contacto, la unión que hace él mismo de su inteligencia con la realidad. Y esto es un misterio. Tomemos un ejemplo: la palabra *res*, cosa en latín. ¿Cosa? La palabra cosa viene de causa y causa de *cado*, caer. Causa es, pues, un motivo, algo que mueve de arriba, precisamente al descender. Causa es inducción, comunicación, impulso. Causa es

razón, lo que explica y da a conocer, lo que aclara el porqué de un fenómeno, de algo nuevo que se da.

La palabra *cosa* en castellano forma una constelación de ideas. No sólo es lo que apunta y señala su raíz latina, el verbo caer, sino todo lo que, aun sin decirlo expresamente, está contenido en la palabra *res*, de donde viene real y realidad. Tenemos otro *real*, que viene de *rex*, rey, y por esto decíamos en las guerras civiles de la emancipación de España, *realistas* a los ejércitos que sostenían la autoridad y la jurisdicción reales. La palabra *res* viene del griego ῥέω, decir, raíz de *retórica*, que es el arte de bien decir, de retórico, y de *retor*, orador. ῥήμα, que significa en griego palabra, pasa al latín *verbum*, verbo. De ῥέω viene también *reor* que significa pensar, juzgar, calcular, suponer, formarse una opinión y de *reor* viene *ratio*, razón. Participio de *reor* es *ratus*, fijo, estable, definido, de donde viene el castellano ratificar.

La palabra castellana república viene de *res publica*, cosa pública. Público viene de pueblo y pueblo de pleno. La república es, pues, el asunto, la ocupación, la realidad, lo que en lo particular y en lo general le importa a cada miembro del pueblo, que es decir a cada ciudadano; la república es también la obra común de todos, lo que llena, esto es lo que satisface a todos, y lo que llenan, esto es, con lo que contribuyen todos, en una palabra y para decirlo todo de una vez, es la plenitud de ciudadanía.

Res publica, la república, lo es todo: la familia, el bien común, la ciudad, la civilización, el ciudadano, lo civil, lo cívico; pero es todo esto porque la república es, ante todas cosas, *caput*, la cabeza, *auctor*, el autor, *Auctoritas*, la autoridad, *pater*, el padre, *pastor*, el pastor, *dux*, el conductor. La cabeza justifica su papel de superior y su mandato por las virtudes de la piedad, de la justicia, de la moderación, de la magnanimidad, de la paz, de la reconciliación, de la

concordia. El que manda es el componedor de todo, el vigilante eficaz de las cosas, el *custos rerum*, como decían los romanos del César.

Razón y razonar, república, retórica, verbo, realidad, vienen de lo mismo y significan aspectos de una misma cosa. Son los caminos que la inteligencia alumbra. Y una vez más estamos en el misterio de las palabras, misterio que, penetrado y aclarado, y fuerza es que lo penetremos y aclaremos —y no otra cosa nos esforzamos por hacer en toda obra literaria—, nos lleva a ese momento en que entendemos, en que damos un nombre a algo, en que descubrimos un aspecto, una manera de ser de la Naturaleza. Las lenguas son siempre profundas y revelan, por sus palabras y frases, la conciencia de lo que somos y podemos y la toma de posesión que efectuamos dentro de nosotros mismos de toda la creación.

Razón y realidad significan una misma cosa, lo que quiere decir que todas las cosas

son racionales. Conocer las cosas es hacerlas nuestras, tocarlas, por tanto, con nuestra inteligencia. Hablar es pronunciar palabras, decir algo para los demás, comunicarnos con todos. Y hablar viene de *fari*. *Fari* da origen a fama, a confesar, a fastos, a facundia, a fábula, a nefasto, a nefando, a fatal, a hado, esto es, *fatum*. El *fatum*, que es lo misterioso, lo divino, lo fatal, lo que no puede por tanto dejar de ser, es lo pronunciado, lo dicho, lo hablado, el verbo o la palabra que no mudan ni padecen variación, lo decretado eternamente. De una parte se juntan, hasta indentificarse, la razón y la realidad en lo que decimos de las cosas y, de otra, lo hablado parece tener raíz de eternidad. Lo que bien se habla o lo que bien se dice, la palabra que pronunciamos según la regla nacional, a más de ser verdadera, pretende ser fija, como el *fatum*, e inmutable.

Esta preeminencia de la razón, esta grandeza del hombre, esta capacidad divina de crear, esta facultad de constituirse en el cen-

tro del universo, esta aptitud de convertirse en todas las cosas, cualidades todas que se dan en quien sabe hablar bien, que es el que sabe usar bien de su lengua, las vemos en los buenos escritores, sobre todo en los grandes poetas. No podría haber instrumento de comunicación, ni perfeccionamiento de la lengua, ni literatura, por lo mismo no podría haber elevación y ennoblecimiento del hombre, sin la poesía. El poeta es el revelador, el alumbrador, el componedor de las cosas. Es el eco de éstas, su resonancia, su consonancia. Por esto es el cantor de ellas, el que las concierta con el ritmo y la armonía de un alma clara, la suya de él. Las cosas son una obra perfecta. Son magníficas. Son gloriosas. Son alegres, a pesar de que a veces lloren. Son un don. Se juntan, se oponen y se contraponen, pero, como quiera que sea, forman un orden. Y el poeta, cuando hay poeta, nos trae las cosas para gozar de ellas. La creación sin el hombre carecería de sentido y no sería. Pero es fuerza y es bien que

el hombre sea poeta porque sin él no habría palabra clara, ni descubrimiento de la verdad, ni lumbre de amor en la belleza, ni conciencia de lo humano, ni acercamiento a Dios y asimilación de lo divino. Sin poetas, es como si no existieran las cosas y como si no existiera el hombre. Sin la palabra hablada o escrita, sin la literatura, sin los escritores, sin la poesía, no hay mundo, no hay cosas, no hay hombre. El poeta es siempre un escritor joven que todo lo ve nuevo y que nos hace asistir a lo reciente. Porque las cosas que ve, más bien que alumbra, las vemos nosotros en la ingenuidad, en la pureza y limpieza, en la donosura y en el júbilo de su ingenio y de su luz. El que bien habla y el que bien escribe remoja, hace fresca, amena, olorosa, reciente, pues, la naturaleza. El poeta descubre con alborozo la obra que acaba de hacer Dios. Dios crea y el hombre recrea o, lo que es lo mismo, va tras la huella divina para componer para sí las trazas del mundo y de los mundos, la fábrica y figura

de las cosas y la profundidad de las almas. Quiere estar presente en el acto de la creación y descubre, atónito y maravillado, la intención, la ley, el orden y concierto del universo. La verdadera poesía participa del *fatum*, y por esto las palabras del poeta son y permanecen porque están escritas para la perennidad.

Dios, ha dicho alguien, y ha dicho bien, tiene siempre cosas que decir por intercesión de los hombres, no por intercesión de los ángeles. El mensaje divino tiene voz humana. Y esta voz humana es la de los buenos escritores. El verdadero escritor nos habla, al hablarnos de cualquier cosa, de la plenitud. Y cuando el verdadero escritor es grande, con la grandeza del poeta, hace desbordar esa plenitud y la convierte en prodigalidad. Las ciencias miden, separan, consideran aparte; se entretienen en las minucias, igualan, cuantifican. Son útiles las ciencias y, a más de útiles, no dejan de tener aspectos de

poesía, de palabra bien dicha, que propende a la perennidad.

Pero la bella literatura siempre está en la totalidad. Una hoja seca es, para el poeta, toda la Naturaleza. Esa hoja seca, arrastrada y estrujada por el viento, quizás sea una de esas lágrimas de las cosas que, vista, nos induce a pensar en lo perecedero de la vida. Para el hombre de ciencia esa misma hoja es una compleción de átomos que se disgrega. Una y otra cosa son ciertas, pero la certidumbre de lo poético nos hace sentir la eternidad. Y es, una vez más, la fuerza y el vigor de la palabra, su novedad siempre reciente, la conciencia plena con que la pronunciamos y su participación del *fatum*, por tanto, de la fijeza de lo que siempre será. El oficio eminente del poeta consiste en hacernos sentir jóvenes. Renueva las cosas y nos presta ímpetus de juventud para acercarnos a ellas, poseerlas y gozarlas.

Pero sobreviene una cuestión, que es la del uso recto de este instrumento que es

la lengua. Decir algo es establecer una conveniencia entre las palabras y las cosas. El que dice algo tiene que ser decente y digno, acomodarse a la realidad, concordar con ella, reflejarla en su integridad. Se ha visto que el hombre, en razón de la palabra, llama y atrae, descubre y concentra todas las cosas. Hablar es juzgar. Y el uso recto de la lengua está en servirse de ella para decir la verdad. ¿Y qué es la verdad? Realidad, la cosa, cualquier cosa, todas las cosas, el transcendental *res* se identifican con la razón. La etimología nos hace saber que realidad y razón vienen de la misma palabra. Pero es el hombre quien pronuncia esta palabra. Y tornamos, pues, al hombre. Y éste, en última instancia, el que debe ser verdadero, adecuarse en todos sus actos a su naturaleza, ser, por tanto, inteligente y libre. Y no lo es, no podrá serlo sin la literatura, sin las palabras de los buenos escritores, sin la inquietud de los poetas, sin la conciencia del deber, sin esa adecuación de las cosas todas, de nosotros también,

que somos cosa pensante, caña, tallo que piensa, nos llama San Juan en su Evangelio, a la Inteligencia divina; sin la intención, por otra parte, de llegarnos al Verbo de Dios, a la palabra eternamente pronunciada, por la que todas las cosas son.

El hombre, la palabra, el lenguaje, la perennidad, la eternidad. Y no se puede decir más. Contemplativos de estas verdades hemos de ser, con todo, prácticos. Estamos en la Academia Mexicana y he hecho este discurso para los *mexicanos*. Hay, pues, una palabra, mi palabra, y unos escritores, poetas muchos de ellos, mis colegas desde este momento, y quiero creer que mis amigos y, en general, no ya sólo los literatos mexicanos, sino el habla, la lengua y el lenguaje de México. Y es, entonces, la voz y son las voces de México lo que importa.

Los escritores, periodistas, críticos, dramaturgos, novelistas, filósofos, juristas, teólogos, poetas, hemos de amar prácticamente, esto es, por medio de una obra concreta,

en nuestro caso por medio de la literatura, yo, por ejemplo, en el periodismo, a México. Y puesto que la mejor palabra, la más digna, la más verdadera, la más penetrante y luminosa, la más cargada de realidad, la más completa, la más divina es la palabra del poeta, hemos de tener los escritores, y por obra de estos el pueblo, que es decir todos los mexicanos, un amor poético de la patria. La patria, amor de los escritores; la patria, palabra, verbo, oración y sermón, frase, verso, novela, tratado científico, historia, *fatum* en suma, lo dicho eternamente, lo que siempre será, lo que siempre se renovará por el empeñoso afán de los que decimos, pronunciamos, gritamos *México*, y no sólo con la boca, sino con todo nuestro ser, con la presencia en nosotros de nuestros antepasados y en compañía de los mexicanos que todavía no nacen. Enseñados, guiados, empujados por los poetas, tenemos que ver, sentir, entender, considerar, tocar, mover y modelar la patria mexicana *poética*.

mente. Tenemos que verla reciente, fresca, acabada de salir de las manos de quienes la han forjado y la siguen forjando, luminosa, líquida, en una palabra bella. Lo propio del poeta es el amor. Y todos los escritores, aun los que manejan números, estadísticas, datos concretos y los que se dedican a observaciones científicas, participan de la poesía, puesto que aman la verdad, que la buscan y que, una vez alcanzada, nos entregan.

Y para nuestro mundo hispánico y en particular para nosotros los mexicanos, lo universal, lo fijo y firme, lo valioso y lo válido, lo perenne, lo que, en razón de todas estas características, más nos importa, y debe ocuparnos más, es la lengua castellana. Es mi palabra, tu palabra, la palabra de él o de ella, es nuestra palabra, vuestra palabra, la palabra de ellos o de ellas, palabra muchas veces no dicha; palabra variada y varia, a menudo extraña y peregrina, triste, angustiosa, esperanzada; palabra vivaz, alegre, cantarina. Y se trata de recoger esta

palabra, de rectificarla o ratificarla, de llevarla a formar el coro de los que cantan el amor patrio. Que haya producción de bienes y reparto equitativo de ellos; que se sucedan los procesos científicos; que disfrutemos de tranquilidad y que gocemos de la paz. Pero si no hay escritores, si no hay poetas, no habrá conciencia patria porque no se pronunciará la palabra que nos aclare y haga transparente lo que es México.

Y ya para concluir me será lícito volver a las cosas personales. Hijo, nieto, biznieto y tataranieto de labriegos, adherido a la tierra del bajío, estuve destinado a los trabajos de la agricultura. Mi hermano mayor descubrió mi vocación literaria. Y pido licencia para hacer de él, en este momento solemne para mí, un recuerdo en que va implicado mi agradecimiento. Mi hermano Francisco perteneció a la generación de Carlos Díaz Dufóo hijo, de Alfonso Reyes, de Emilio Servi, de los Franco Urías, de Martín Luis Guzmán, de Benjamín Elías. Y que

desde esta silla, la número uno, en que ahora me siento y de la que tomo posesión, vea a dos compañeros y amigos de Francisco Guisa, a Martín Luis Guzmán en la número trece y en la número diecisiete a Alfonso Reyes, el uno y el otro grandes escritores y poetas por el consiguiente, que han usado tan alada, tan poéticamente el instrumento que es la lengua castellana, colegas míos en la Academia de la Lengua, me hace sentir junto a ellos la plácida figura de mi hermano, que una vez, y ya han pasado más de cuarenta años, me dijo que podría yo llegar a escribir.

CONTESTACION
DE ANGEL MA. GARIBAY K.

En un remoto poema árabe hallo este pensamiento:

Cada tarde desciendo a mi huerto,
cada tarde en el huerto hallo rosas.
Son las mismas, y son diferentes;
que el rosal sólo en rosas se enoja.
Son distintas: la rosa que vimos,
en la noche, al sopor, se deshoja,
y una más y otra más, cada día,
del rosal, renovándose, brota.

Este poema viene a mi mente cada vez que asisto a una fiesta del buen decir en esta Academia. Nuevos miembros llegan a sus puertas, nuevos próceres de la palabra se engalanan con el trofeo de las letras. Cada uno nos ofrece las luces de su ingenio, la fecunda vitalidad de sus pensamientos,

y, en cada discurso que oímos, hallamos la belleza revestida con galas diferentes. Pero la belleza de la palabra, la hondura del pensamiento, el rico joyel del estilo, los perfumes de la elegancia, brotan del mismo rosal. Son muestras de un mismo espíritu y nacen de una misma fuente. Ese espíritu es el de nuestra cultura mexicana; esa fuente es la vida de este pueblo mexicano, de que nacemos y en el que desplegamos nuestra actividad, grandiosa o mezquina, pero netamente arraigada en la tierra amplia y excelsa de la patria.

Porque en esta Academia, señores, se vienen a unir los arroyos de la sabiduría y la palabra originados en muy diversas montañas. Cada vena de agua en sus cristales copia un jirón de nuestro cielo; cada voz es un arpegio del presente, o un sollozo del pasado, con suavidad de beso materno, o con rugido de racha de huracán. Estamos siendo obreros del México eterno y del México uno. Y la voz perdida y remota de nuestra raza bifor-

me podría decir, como Nervo en su verso de oro:

Cuando planté rosales, coseché siempre rosas.

I

Vengo esta noche a abrir las puertas de la institución que vigila por la nobleza de nuestra lengua a un nuevo académico. Viene a sentarse en un sitio que vació la muerte. La memoria de don Carlos González Peña, y su incansable labor literaria de medio siglo quedan guardadas en un doble cofre: el de la nación mexicana, que vio sus empeños, múltiples y fecundos por todo lo nuestro, y el de esta Academia de la Lengua, que gozó por largos años de su actividad. Hoy toma posesión del sillón número uno el doctor don Jesús Guisa y Azevedo. Trae sobre las espaldas la toga del filósofo, y en las manos, el escalpelo del periodista, sangrante de bronquedades aunado al látigo que muchas veces ha levantado ámpulas.

Ampulas que se mudan en rojos capullos que le forman guirnalda.

Habéis oído y saboreado su discurso profundo. En él, por rara circunstancia no lo conocíais aún, lo habéis conocido. No será gravoso a vuestra benevolencia. Voy a limitarme a ensayar una semblanza del doctor Guisa, y a hacer leves acotaciones a su magnífica disertación.

*

Tres momentos en su vida. Los veinte años en la gleba y en las aulas primerizas. Los años en que el cuerpo medra y el alma se forma. Embrión de eternidad, se va desatando de sus ligaduras, como la crisálida que irrumpe su capullo para ser mariposa.

Después, la severa y riente Universidad de Lovaina, donde la púrpura de Mercier flamea, pero donde mejor se respira su espíritu. Tres años de brega y tres años de victoria. Luego, su paso por la España sin límites, la eterna y la indomable.

Al fin, la patria, con sus escaramuzas y sus derrotas. La prensa, cruel y amable; casquivana y valiente. Y su lucha por ediciones de libros que nadie quiere comprar, pero después todos quieren vender.

Tres momentos de eternidad en el tiempo. Tres momentos paradigmáticos de muchas vidas mexicanas. Vayamos a su fugaz espectáculo.

“El estilo es el hombre”, dijo hace siglos Buffon y su frase se ha convertido en aforismo. Podemos poner frente a ella otra frase, que pregona una verdad como un monumento: “El hombre es la tierra.” Como si el suelo en que nacimos y crecimos a la vida se infiltrara dentro del alma, anheloso de perpetuarse por medio del espíritu. Guiso nace en el bajío, entraña de la patria. Tierra fecunda, ancha y generosa. Tierra en que brota la llamarada de la Independencia, que al incendiar el suelo de la Nueva España, hace brotar, entre luces y sangre, esta na-

ción que vamos forjando con el ardor y la ternura aunados en fecundo maridaje.

El nos lo acaba de decir: es hijo de labradores. De esos labradores que aprenden en el ritmo de las siembras y las cosechas el eterno fluir de los astros que se proyectan en el alma humana. Fuerza y suavidad; luz y tormentas; lluvias de torrente y crepúsculos del sol, que muere siempre para renacer siempre, sobre las sementeras esmeraldinas, o doradas, de ese maíz que forma "la superficie de la patria", como cantó López Velarde.

En un hogar fecundo en hijos, con un padre vigoroso, fuerte, liberal. Amante del caballo, gallero inigualable. De indómita voluntad y de piedad amable, que se hace caricia para la bestia y ternura para la tierra misma. Un hogar, como es el verdadero de México, con hilos de las dos razas, que con secular inquietud se aman y se combaten, y de cuyo amor y combate sin término va

brotando todo lo nuestro: nuestra historia, nuestra cultura, nuestros hombres.

De esa juventud entre las sementeras y del bufido de los corceles, o del canto interminable de los gallos, saca Guisa su estilo, bronco y másculo; duro a veces, retorcido otras, pero jamás oscuro, jamás desleal. Dice lo que quiere y lo dice como lo quiere, aunque haya de caer en muchas mentes como la piedra arrojada por la honda, brutal y cruel.

Ni las ternuras de Virgilio, o su fluir suave de brisas y aletear de mariposa; ni las mieles acendradas y complejas de Horacio pudieron modificar las briosas venas de su pensamiento y de su expresión. La dulce penumbra del seminario de Morelia, misma, no pudieron disciplinar sus ímpetus, pero sus conocimientos clásicos le ayudan a refinar las robustas expresiones de su alma y a hacer más eficaces, con el reflejo del oro grecorromano, las afirmaciones de su hidalga filosofía.

Hoy en su hogar fecundo, donde esplende la luciente corona de sus doce hijos, vivos y alertas a la futura gloria, la voz de su nativa Salvatierra sigue siendo la pauta en que habla y escribe, aunque haya pasado por las universidades europeas. La tierra del bajo se ha hecho carne y sangre en don Jesús Guisa y Azevedo.

*

El segundo momento es Lovaina, la renovadora. Es el instituto fundado por Mercier su segunda cuna. Al regresar a la patria derramará sobre ella algunos de los tesoros que allí logró allegar.

Fuera de tiempo y de lugar sería que yo intentara ahora la alabanza de aquella institución, que se sitúa en el siglo XIX y en el nuestro como uno de los luminares del mundo contemporáneo. La semblanza que nos hizo el mismo doctor Guisa en la celebración del centenario de Mercier ha resumido el tema y me complace citar sus pa-

labras para dar algún adorno a mis reflexiones:

“Ahora ya hay muchos tomistas. Pero habría que ver a Mercier hace 70 años. Empieza por buscar el pensamiento del Maestro en textos depurados y asiste a las vacilaciones, a las variaciones, a las conclusiones tímidas, a las visiones audaces y a las fórmulas definitivas.

“¿Pero qué, todo está en Sto. Tomás y no nos queda sino conformarnos con su pensamiento, repetirlo, si acaso ilustrarlo con las novedades de la época, que, si son racionales, han de encajar a la fuerza en él, obligándonos nosotros a hacerles, para este efecto, violencia?

“El fue un novador. Está aquí y es de hoy. En el mundo entero, en todas las universidades, su pensamiento está presente y, lo que vale más, su espíritu, que es decir, su persona, esas vacilaciones, esa timidez, el respeto al pensamiento ajeno, la investigación tesonera y la inconformidad que busca

cordialmente, y por medio de la lógica interna de las ideas, la conformidad. —Y a Mercier se le debe el descubrimiento de la modernidad de Sto. Tomás. No, no son textos empolvados, ni una resurrección arqueológica. Es una confrontación con la ciencia, con las inquietudes del espíritu humano, con los problemas de la hora y, gracias a Mercier, salió triunfante Sto. Tomás porque se convirtió en filósofo moderno y en maestro universal.” (*El cardenal Mercier o la conciencia occidental*, 1952, pp. 113 ss.) Hasta aquí el doctor Guisa.

El mundo moderno en los albores del siglo XVIII comenzó a olvidar el pensamiento, para regirse por el instinto y la emoción. Había dicho Aristóteles —y lo repitieron en coro los hombres—, que el hombre es un animal racional. Pero olvidaron los que lo repetían que el hombre es además corazón y vitalidad. Y, por natural reacción, los modernizadores olvidaron el entendimiento y se entregaron a los brotes de la emoción y el

instinto. Era necesario recordar al género humano que hay un reflejo de luz que no brota de las glándulas endócrinas y que tiene destellos de inmortalidad.

La historia tenía que repetirse. Un día un monje, vestido de blanco y negro, con penetrante mirada azul gérmanica perdida entre las pestañas latinas, sube a la cátedra de la Sorbona y defiende a Aristóteles. Esa defensa fue el principio de una revolución intelectual. Tomás de Aquino, dominico, con la misma sangre de Barbarroja, germano y latino, por inmortal síntesis, logra que el vilipendiado Aristóteles sea luminar de un nuevo conato de sabiduría. Tomás de Aquino forjó la filosofía nueva de la vida intelectual. La primacía del entendimiento fue la piedra cimental de su obra sistemática. Sobre esa piedra fue construyendo con todos los gajos del saber humano. La ciencia, según su etapa, se unió a la metafísica y voló por mundos no accedidos y acaso inaccesibles. Forjó, así, una síntesis para su época,

la mejor. Y la semilla de su pensamiento quedó arrojada al mundo, como lluvia de fecundidad. El mundo, en cambio, envió polvo sobre la lluvia.

A quitar ese polvo contribuye la obra de Mercier. Es un renovador del espíritu, si no siempre de la letra. Y Tomás resuscita con aires de vitalidad presente.

El doctor Guisa fue obrero de esta restauración del dominio de la inteligencia sobre la emoción, la fantasía y el instinto. Comenzó por leer a Tomás de Aquino en latín. ¡Quien no puede leer a Tomás en latín y quiera apodarse tomista, debe seguir la sentencia de Rubén Darío al que abomina del romanticismo: colgarse de un pino!

De la lectura del de Aquino y de su asistencia a las cátedras de Lovaina saca el doctor Guisa su viviente filosofía; antigua, como el hombre; moderna, como el viento matinal de hoy. Antigua y moderna, por eterna.

Si en México no ha logrado el tomismo levantar bandera es porque ha faltado lo más importante: los verdaderos tomistas. Quien aprende el tomismo en Maritain deja de ser discípulo del aquinate. La medula del tomismo nace de la roca del medievo, pero lanza sus ramas a la eternidad. No es posible abarcarlas y menos bajo los ropajes acicalados del neotomismo francés. La armonía integral del pensamiento de la Edad Media cristiana que se hace vital en Tomás de Aquino es el polo opuesto del razonamiento y la lógica galicana. *Anch'io so pittore!*

Ya desde su discurso en Vich el año de 1924, el doctor Guisa inicia su empeño en su tema de "El tomismo de Balme en su tratado de la certeza". Lo sigue en sus diversos estudios parciales; lo corona con su obra *El cardenal Mercier o la conciencia occidental*. Su *Louvain de donde vengo*, lo mismo que sus cátedras en la Universidad Autónoma, sirvieron para dar clamores en pos del resurgimiento tomista. Y esperamos que

su brega en los efímeros diarios no le quite las alas para emprender una obra de mayores quilates en una empresa necesaria en nuestra patria.

*

El tercer rasgo de la fisonomía literaria de Guisa y Azevedo es el de "columnista".

Pido perdón a la Academia por usar términos que no se hallan en su diccionario. Como cientos y cientos que ha dejado al margen. Una realidad nueva pide un nombre nuevo. El pensamiento libre sigue sus cauces y la palabra sigue al pensamiento. Los museos son lo último en una cultura y los diccionarios están siempre en peligro de convertirse en museos.

Una realidad nueva, pero de pujanza enormemente vital es la "columna" en los diarios. Un género literario de los más comunes y de los más difíciles. En un medrado espacio de tres cuartillas tiene el escritor que desarrollar su tema. Tema candente del momento, o tema de eternidad. Todo cabe

en esa mínima ración de literatura. Desde el análisis de un principio filosófico hasta la volandera nota sobre el libro de unas poesías femeninas. Desde el hecho político de mayor trascendencia hasta el trivial asunto del día anterior. Es un género literario en que se pone a prueba la calidad del escritor. Podrá, a veces, darnos un tema demasiado manido, o muy alquitarado en sus expresiones literarias y en sus arrumacos de acartonado academicismo. Lo hacemos a un lado y no leemos más. Otras veces nos presentará hechos de nula importancia, pero los sabrá revestir con un aura de oro. En tal caso se clavará su pensamiento en nuestras mentes e imaginaciones como un dardo de oro. Nos servirá de reactivo. ¡Cuántas veces será una breve obra de arte, que con amor leemos y releemos, y llegamos a recortar, para redimir la del volar voluble de los diarios, pasajeros como la hoja de otoño. Pocos son los columnistas que almacenan sus artículos en libros. Ello no es sino un síntoma de narcis-

sismo literario. Nosotros, en general, seguimos el consejo del poeta alemán: "Corta la rosa cuando florece: mañana tiempo no será..." O el apotegma del Maestro de los maestros: "¡Le basta a cada día su propio afán...!"

De los que escriben en diarios y no almacenan en libros es Guisa y Azevedo. Dije "escriben". Me corrijo: debía haber dicho "escribía". Pues tiene una historia —hasta pintoresca—, su errante carrera por las redacciones de algunos diarios.

Llegado a la patria en 1926, comienza a escribir en un diario de esta ciudad. Al año siguiente es desterrado en compañía de dos grandes columnistas y dos grandes académicos: don José Elguero y Salado Alvarez. Primera presea de su gloria periodística.

A su regreso reanuda sus colaboraciones en el mismo diario. Lo echan de él en 1937. Pasa a otro diario de esta ciudad. No me place acordarme del nombre ni del primero, ni del segundo. En éste, donde por largos

diecisiete años despliega sus talentos de comentarista y combatiente periodístico, es también despedido. Como no es mi oficio presente hacer reflexiones sobre la Ley del Trabajo, no preguntaré si le dan siquiera sus tres meses de indemnización, y el tanto por ciento de sus años impendidos en la ardua labor. Puedo, sí, preguntarme y responderme por qué se le expulsa. En el caso del destierro, hallo la explicación en la tiranía que amordazaba la libertad de expresión, conquista la más bella de la Constitución, pero también la más vilipendiada a veces.

Los otros dos casos son sintomáticos. Se le inculpa de sus intemperancias de lenguaje, de sus arrebatos de ideología, de sus acres y vitriólicos comentarios. Pero en el fondo hay una mano que aprieta y a la mano oculta tiene que doblegarse la libertad. ¡Triste razón de la sinrazón que aún tiene valimiento en pueblos democráticos!

Dejaré estos temas marginales y me preguntaré si en este tercer estadio de su acti-

vidad literaria ha realizado su tarea de escritor. No llegaré al fondo, casi siempre fundado en la verdad y en la justicia, aunque no esté yo totalmente de acuerdo con su pensamiento. El fondo es lo que vale más siempre. Hablaré de la forma. No es ciertamente de las filigranas de otros escritores; no sabe usar tijeras de jardín inglés, para podar y recortar. Su estilo tiene la ventaja de ser vital siempre, rudo a veces, impetuoso y rayano en lo agresivo y molesto. Siempre enérgico y siempre pungente. Pero esas cualidades valen más que los hilos de oro con que tejen su malla los estilistas decantados y alquitarados.

El lector apresurado de los diarios necesita un estilo claro, vivaz, siempre a su alcance. Ya se trate del catedrático que vuela a su Ciudad Universitaria; ya sea el conductor de camiones, que en un alto, de esos largos que ahora padecemos, hace un paréntesis para leer unas cuantas líneas; ya la misma vendedora de tamales, que echa una ojeada

al periódico de hoy, con que los envolverá mañana, todos requerimos algo que nos haga sonreír, o pensar con agrado, o sentir el movimiento emocional, de aceptación o de rechazo, pero siempre un estilo que llegue al fondo del alma. El columnista que sabe usar de estos medios es el más leído y el más buscado. El diario mismo gana en aumento de lectores. De esta clase es Guisa.

*

Resumo. Se criticó a la Academia —porque a la Academia se la critica siempre y la critican todos, aun los que anhelan entrar a ella—, se criticó a la Academia por la elección de Guisa. ¿Qué méritos tiene? ¿Cuál es su obra? Creo haber dado la respuesta en mi exposición. Escritor con estilo y formación humanística, escritor filosófico, escritor muy leído. El que escribe en los grandes diarios de esta ciudad es ciertamente de los más conocidos, aun por el vulgo y literato, que no tiene muchas veces más medio de adquisición de conocimientos y formación

intelectual que el periódico que nace cada mañana para morir, como las rosas, al caer la tarde.

Tales son los títulos del doctor Guisa y Azevedo para llegar a la Academia. Llegue en buena hora, aquilate los valores que lleva consigo, luche por el decoro de la lengua, entraña de nuestra vida nacional, vigor glorioso que la hace la más bella de nuestras riquezas.

II

Ha dicho en su discurso que no cabían conmigo antilogías, como acaso pudieran suscitarse con el ilustre literato a quien había invitado a responderle. Se engañó Guisa y Azevedo. Sí puede haber y hay muchísimos puntos antagónicos.

Tiene mucha boga la leyenda de que los católicos formamos una grey que piensa al compás de una batuta. Nada más falso, nada más injusto. Hay un apotegma que se atribuye a San Agustín, sin ser suyo. Por

su espíritu pudiera serlo. Es de Vicente Lerinense: *In veris unitas. In dubiis libertas. In omnibus caritas*. Pido excusas a mi cultísimo auditorio por traducir esta sentencia: “En la verdad, unidos. En lo dudoso, libres. En todo, atados por el vínculo de la caridad”. Nos mantenemos firmes en la ortodoxia, pero es ella tan vital que corre por muchos caminos, como la vida, y va aún por derroteros opuestos. Dentro del mismo fuego ondulan de muy diferente modo las llamas.

Ha afirmado que “la lengua propende de suyo a ser individual”. Creo que no es verdadera su afirmación. La lengua es eminentemente social. Nace por la sociedad y para la sociedad. Si el hombre no tuviera con quien hablar, no hablaría. Podría pensar, podría ver directamente los objetos de su conocimiento; pero la reflexión sobre ellos la hace lucir solamente el trato con los demás. Antes que el monólogo existe el diálogo. Acaso dentro del sistema cartesiano

pudiera tener valimiento el aforismo: "Pienso, luego existo." Dos conceptos que elaboraría el hombre, sin haber salido de sí mismo. Pero me es sumamente extraño que un discípulo de Santo Tomás llegue a sentar la proposición del individualismo del lenguaje.

La percepción inicial del hombre, en ese sistema es la de lo que está fuera de mí mismo. Antes de ver qué soy, veo lo que existe fuera de mí. El ser es el principio de partida del conocimiento, pero no mi ser íntimo, sino el ser externo que me llega por los sentidos. Solamente por comparación con lo que hay fuera puedo conocer lo que llevo dentro.

Y estos no son escarceos metafísicos o gnoseológicos, sino que tienen la mayor trascendencia en el dominio precisamente de la lengua, que es el de esta Academia. Si la lengua es individual de suyo, salen sobrando las gramáticas, los diccionarios y las academias. Cada uno puede fabricar su propio lenguaje. Y cuando cada uno forja su propio idio-

ma se repite la historia de Babel: nadie se entiende con su vecino.

Hay algo mucho más misterioso en el origen del lenguaje y en la formación de las lenguas. Aquí, como en *Fuente ovejuna*, perpetuamos el delito, o forjamos el milagro, todos a una.

Y no vale hablar del paradójico "individualismo colectivo". No digamos ya en la etapa histórica en que nos tocó vivir: en la más remota que nos dan los testimonios, hallamos la pintura de una sociedad a través de los restos de su idioma. Esa es la base de las reconstrucciones de la historia de una cultura mediante sus lenguas. Así hemos podido saber cuál fue el mundo de los nebulosos indoeuropeos, inasibles para la arqueología, pero de pueblo hipotético se ha hecho pueblo real, mediante el análisis del contenido de sus lenguas. El sánscrito, el griego, el latín, el zendo, el viejo germano, el paleoeslaviano nos han dado en su comparación la visión de un mundo que fue y que no dejó en el



polvo de la tierra la huella de su paso, pero sobrevive en las lenguas que de estas fuentes dimanaron, todas ellas brotes de una misma raíz. Cuando hallamos un término que en todas estas lenguas perdura, más o menos sometido al crisol de la fonética, sabemos que aquellos nuestros remotísimos ancestros lingüísticos tuvieron la realidad que tal término significa. El mismo método de investigación podemos aplicar al estudio de nuestra realidad prehispánica. Por no haberlo hecho, hubo historiadores y juristas que negaron a los pueblos de Yucatán, o de Anáhuac, la existencia de instituciones y de conceptos netamente jurídicos, cuando les hubiera sido fácil descubrirlos si analizaran los vocablos y descubrieran la neta y precisa noción que su etimología les proporcionaba.

La cultura es obra del grupo, de la sociedad. Como la cultura, la lengua que es su vehículo natural. Gran verdad es aquella de que en este mundo, "nadie sabe nada: todo lo sabemos entre todos". En este mundo,

“nadie hace nada; todo lo hacemos entre todos”. El olvido de la necesaria colaboración de los hombres todos ha creado el metafítico individualismo que, a través de sus sistemas políticos, económicos y sociales ha sido y sigue siendo ruina del mundo.

Todos los análisis lingüísticos que nos acaba de hacer el doctor Guisa se fundan en la naturaleza de lenguas como la nuestra, cuya cepa es latina. Hay algo mucho más amplio y universal. La lengua es un fenómeno tan complejo que las llamadas definiciones aristotélicas se evaporan, ante lenguas de otro tipo y ni siquiera son aplicables al sistema indoeuropeo en su totalidad. Cuando dice, por ejemplo, que “el verbo es voz que significa con tiempo”, acaso está pensando Aristóteles en las formas más vulgares del griego. Ni siquiera en todas. El aoristo no tiene connotación de tiempo. Los llamados participios de presente en lenguas indoeuropeas prescinden del tiempo y solamente

entrañan la idea de simultaneidad con la acción principal.

¿Qué decir de otras lenguas, como las semíticas, en las cuales propiamente el tiempo verbal no existe sino solamente la naturaleza y etapa de la acción, completa o incompleta? Y eso con mayor énfasis diríamos de algunas lenguas americanas, en las cuales todos los matices del pensamiento caben, dentro de sistemas totalmente alejados de los moldes indoeuropeos, que en el fondo son los de nuestra lengua.

Precisamente el doble carácter de un idioma, colectividad y propiedad, adaptable a cada grupo, hace que las lenguas vayan mudando. Si, en frase de Nebrija, "la lengua fue siempre compañera del imperio", también la lengua es el índice más seguro de la trasmutación. Y en este campo nos sentimos orgullosos los que hablamos la lengua de Castilla. Leemos el *Quijote*, *La Celestina*, viejos de siglos, y sentimos el fluir del mismo dulce lenguaje robusto y vivien-

te, que usamos para hablar con el criado, con el vendedor de periódicos, con el jardinero de nuestros parques. Es una lengua que persiste casi inmutable, cuando vemos a otras cualquier otro medio humano de unión.

ir degenerando en dialectos que mañana serán nuevas lenguas. Indicio maravilloso de una unidad que en vano se busca en la política, en las relaciones económicas, o en

De este hecho nace el deber de amar y de cuidar este tesoro. Si la lengua es una riqueza común, a todos incumbe la obligación de vigilar por su incolumidad y, dado que es un tesoro viviente, orgánico, cuidar de que la evolución fatal a que se ajustan todos los vivientes que no poseen la plenitud de la vida, siga normas de inteligencia y de decoro.

En todo deber colectivo, si no hay autoridad que regule su ejercicio, la acción viene a desembocar en anarquía y ruina. Tal es la razón íntima de la existencia y función de las Academias de la Lengua. Su lema es su bandera y su programa. Purificar el idioma,

fijar sus rutas y sus adquisiciones, y darle el esplendor de todo lo que lleva la supremacía de la belleza.

Porque esta riqueza de la lengua es también un menester de arte. Y ya sabemos que la vitalidad verdadera de un arte consiste en que brote de las entrañas de un pueblo y se eleve y se sublime en las esferas de los mejores representantes de ese mismo pueblo.

Uno de los caracteres más fascinantes que nos ofrecen las lenguas en la historia es el de ver cómo van creciendo de los gérmenes más rudimentarios hasta la más plena hermosura de realización. Bronca, membruda, rígida de nervio, nace la lengua en las *Partidas* del rey Alfonso, o en su *Crónica universal*: ¡a qué cumbres escala en la diamantina prosa de fray Luis de León!

Y este fenómeno nos estimula y enseña. No solamente crece siguiendo su cauce: crece recibiendo los arroyuelos que le salen al paso, como los grandes ríos. La retozona

musa del Arcipreste de Hita nos deja, con el sabor de sus picantes aventuras, las máscula dulzura de su ritmo lingüístico. Ved en Garcilaso esa misma vena de vida hecha viento que suspira "al dulce lamentar de dos pastores..."; oídla en los crepusculares versos de Góngora, o de nuestra monja inmortal: ha emulado las nubes en su vaguedad y ha robado a los crepúsculos su encanto. Y, sin salir de casa, ¡qué distancia hay entre la lengua que usan Durán, Sahagún, el encantador Bernal Díaz y la de los conceptuosos versos de López Velarde, o las aladas y marmóreas joyas de los poemas de José Gorostiza, o Salvador Novo!

El analizador, tan necesario en la lengua, como en el mundo del espíritu moderno, podrá a través de documentos tan variados, tan multiformes, estudiar a la par el correr de una tradición y el pujante espíritu cada día diferente; cada día idéntico a sí mismo, sin embargo, de la lengua castellana que imita al hombre que la crea en

sus múltiples empresas, esparcida por medio mundo.

Sobre esa evolución vigilan las academias. Sacan el limo extraño, que se filtra en el arroyo de sus linfas; detienen la belleza realizada, que busca huir siempre sin esperanza; pulen y abrillantan los tesoros que deben ser perennes en el idioma. Misión social, misión artística.

En sus ochenta años de existencia la Academia Mexicana de la Lengua ha realizado con plenitud esta doble misión en nuestra patria. Para probarlo, en los tiempos presentes, me basta un solo hecho. La serie de sus publicaciones. A la incansable actividad y juvenil entusiasmo de su secretario perpetuo el doctor don Alberto María Carreño—a quien por estrictísima justicia me complace loar pública y solemnemente en esta ocasión—, debemos en sólo dos años la edición de seis tomos de las *Memorias de la Academia*. Atesoran en sus tres mil páginas de conjunto los discursos de estos años y, si va-

len mucho por su mole, valen más la variadísima riqueza de sus documentos, no solamente en el campo literario, sino también de interés social, histórico y humano. Esas *Memorias* serán un día la trama en que se teja la historia literaria de estos años. El mismo benemérito académico nos dijo desde 1946, juntamente con la *Historia de la Academia*, un grueso volumen sobre la "Obra personal de los miembros de ella". Los diez años que han corrido son tan fecundos que podrían darle material para otro volumen de trescientas páginas.

Está cumpliendo su misión la Academia.

Pero hay otro aspecto, más valioso a mi juicio. Es este uno de los pocos institutos en que todas las ideologías, todas las tendencias sociales o políticas, todos los caminos del pensamiento, todos los sistemas de expresión hallan sus representantes. Indicio de esta comprensión fue el hecho que la nación entera pudo presenciar. Frente a frente, en sendos sitios de la Academia, estuvieron el

presidente de la república y el arzobispo primado de México. Y la vivificante sonrisa del licenciado Alemán hacía juego de armonías con el donaire alborozado del doctor Luis María Martínez. Como si un hilo, tejido de estas dos sonrisas, dentro del cuerpo de esta Academia, fuera un símbolo del México nuestro, de este México unido que debe perpetuarse. Es decir, el México único, en que todos nos sentimos unidos en el corazón, si no en la mente, como estamos unidos en el mismo entusiasmo y en el mismo idioma.

Está cumpliendo su misión la Academia.

*

A ese cuerpo benemérito, en el que de necesidad hay sombras como la mía, para acrecer las luces, llegáis esta noche doctor Guisa y Azevedo. Entrad seguro. Aquí no se ata el pensamiento, ni se enmordaza la boca. Hay libertad. Esa libertad por la que habéis luchado, libertad que es fruto de la verdad, según la frase eterna. Esa libertad

que el mundo hodierno convulso busca sin hallar. En este país de bendición, abrigo de todos los errantes, corazón abierto, como su territorio, a todos los mares y a todas las fronteras, hay un vergel pequeño que en su cumbre crece. Es la Academia. Entrad y cultivad y laborioso luchad por los ideales.

Aquí también se realiza el canto de un viejo poeta náhuatl:

No cesarán las flores de brotar en México:
Por las muchas que mueren, hay muchas más
(que nacen.

No cesarán los cantos que de esta ciudad surgen.
La flor y el canto durarán vivientes aun cuando
todos vayamos al reino de la muerte.

Obreros de una noble empresa, obreros de la grandeza patria, unidos en un esfuerzo todos luchemos por la grandeza de la lengua castellana.

México, 31 de octubre de 1956.

INDICE

Discurso de Jesús Guisa y Azevedo	5
Contestación de Angel Ma. Garibay K.	55

EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA,
BAJO LA DIRECCIÓN DE RUBÉN
BONIFAZ NUÑO, SE TERMINÓ LA
IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO EL
DÍA 8 DE OCTUBRE DE 1958.
LA EDICIÓN ESTUVO AL CUIDADO
DE HERIBERTO MALVÁEZ. SE
HICIERON 1,500 EJEMPLARES.

